

Tomos 8 REPERTORIO AMERICANO Núm. 11

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1924

LUNES 2 DE JUNIO

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

México y el problema diplomático del Pacífico

«Dentro de cincuenta años, el centro de gravedad de la civilización estará en el Pacífico».—HUGHES, Primer Ministro de Australia.

1

PODRÍA formularse una ley socio-geográfica fundamental, en los siguientes términos: la civilización clásica es *mediterránea*; *atlántica* la moderna, y *pacífica* la futura civilización. El golfo más grande del planeta es el Mediterráneo. El océano más vasto, el Pacífico; el Atlántico es un término medio entre el glorioso mar de Egipto, Fenicia, Grecia, Italia, Francia y España, y el enorme océano que baña con sus aguas las islas de la Sonda, el Japón, Australia, Alaska y Chile.

Todo el mundo antiguo cupo en el Mediterráneo. Sus tres cuencas—de oriente a occidente—sirvieron de teatro, por modo sucesivo, al desenvolvimiento de la cultura. La primer cuenca fué egipcia, griega y fenicia; la segunda, grecolatina; la tercera sólo latina.

2

Portugal, centinela de Europa, abrió el Atlántico a la ambición y la codicia de la raza ibérica. España entregó a la historia futura el continente americano. Inglaterra, la verdadera enemiga tradicional del poderío español, sentó sus reales al norte del nuevo continente, una vez que se libró de la magnífica empresa imperialista de Felipe II, con el desastre de la Invencible Armada que, como dijo el Rey Católico a su propio Almirante, más bien debióse a los elementos conjurados y no a la impericia de los hombres. A partir de entonces, mientras Inglaterra saqueaba a España, Holanda vencía a Portugal. Toda la historia moderna, desde el Renacimiento, es un pausado, pero seguro decaer del poderío marítimo ibérico, y un firme y progresivo desarrollo del poderío sajón.

3

Pero para los intereses actuales de la humanidad, el Atlántico resulta cada vez más estrecho. La primera potencia del mundo es inglesa, pero no es Inglaterra, y tiene costas e intereses inmensos en ambos océanos. Por Nueva York mira hacia Europa; por San Francisco, hacia el Extremo Oriente. Ahora bien, en ese extremo, con sesenta millones de habitantes, el Asia tiene una voz poderosa y terrible: el Japón.

4

Mientras Europa y América elaboraban la cultura occidental, el Asia, amodorrada en su budhismo letárgico, arrastraba perezosamente su existencia. Un día supieron con asombro los occidentales, que también los asiáticos eran capaces de forjar, en unos cuan-

tos años no más, por una obra múltiple que arredra, la nueva Inglaterra de raza mongólica, agazapada en su archipiélago setentrional del Pacífico, como la vieja en sus islas nórdicas del Atlántico. Primero venció a China en una guerra rápida y brillante. Después, merced a una serie de victorias memorables, humilló al enemigo que no pudo vencer Napoleón; y hoy, con su guante de acero, a pesar de los terremotos aliados del yanqui, llama a las puertas de la metrópoli de California—¡México, oye bien, California!—y dice: «¿Cumpliréis el Pacto de Caballeros?...»

5

Antes de apelar a la caballerosidad de la nación yanqui, realizó el Japón su hazaña más memorable: las colonias inglesas de Australia y Canadá obligaron a la madre patria a deshacer la alianza que tenía concertada con el gran pueblo asiático, por temor a la preponderancia del propio Imperio Japonés, y para contentamiento de la poderosa cancillería de Washington.

(Pasa a la página siguiente).

La línea del desinterés

El estiércol del diablo

SIN duda, es tarde para hablar de la *Vida del Cristo* cuando el libro de Papini ha dado la vuelta al mundo y goza de la más elegante celebridad en Norte América. Pero un capítulo no es el libro; un solo capítulo me interesa destacar ahora, sumándolo a otros materiales modernos, siglo XX, para el ensayo de una *doctrina del desinterés*. Se titula «El estiércol del diablo», y habla—claro está—del dinero. El dinero es el estiércol del diablo.

Ha de ser un poeta quien se atreva a decorar hoy con todas las galas del estilo idea tan triste como esta de que así como el pan, ya santo sobre la mesa del hogar, se transforma en el altar de la iglesia en el cuerpo inmortal de Cristo, así la moneda es signo

visible de una transustanciación y se convierte en la *hostia infame del demonio*.

Nuestra vida nos fuerza, desde la cuna hasta la sepultura, a perseguir esta inmundicia que las manos blancas y «medicatrices» de Jesús no quisieron tocar. Nos hemos habituado a una transustanciación más vulgar y más profunda: la moneda se convierte en pan y el pan en moneda. Al rechazarla, al huir de ella, no huimos sólo de la moneda vil, sino del sagrado pan, y nos aventuramos a no volverle a ver santificando nuestra pobre mesa. Rechazamos la vida poderosa y la vida beata, porque la beatitud no puede albergarse en el alma del necesitado. Si Jesús, hijo de Dios, no ne-

El dulce secreto

A la gentil escritora ADA FLORI, heroína hermosa del amor materno.

En un jardín delicioso, después de un instante llegan EL HADA GENEROSA, la niña MILTIL y el niño TILTIL. Viene de lejos, eso se nota en los ojos de cansancio de los niños, nada más.

Hada.—Al fin hemos llegado.

Miltil.—Debes estar cansada como lo estamos nosotros.

Tilttil.—Como lo estás tú, debes decir, porque yo no siento cansancio alguno.

Miltil.—¿Y crees que aquí encontraremos lo que venimos buscando?

Hada.—Si aquí no damos con él, podemos afirmar que en ninguna parte del universo existe el pájaro azul de la felicidad verdadera.

Miltil.—¿En dónde estamos?

Tilttil.—Hay muchas cosas raras, flores de colores variados...

Miltil.—Arboles muy grandes con muchos nidos...

Tilttil.—Y mucha gente, allá abajo, en la orilla de aquella laguna.

Miltil.—Bailan unos, navegan los otros...

Tilttil.—Aquellos se pasean cogidos de la mano.

Miltil.—Como dos novios...

Tilttil.—No seas imprudente; te puede oír el hada buena y entonces...

Hada.—Y entonces, ¿qué?

Tilttil.—¿Me has oído?

Hada.—Me es dado oírlo todo, hasta aquello que, en silencio, te dices a ti mismo y hasta aquello que crees ver cuando sueñas.

Tilttil.—Por eso tanto te queremos: porque adivinas nuestros pensamientos.

Miltil.—Como hacía nuestra madre adorada, cuando apenas podíamos hablar.

Tilttil.—Y cuando hablábamos mucho también.

Miltil.—¿En donde estamos, hada generosa?

Hada.—En el Jardín de los Cuentos de Niños.

Miltil.—¿Y quiénes son aquellos que tanto parecen divertirse allá abajo?

Tilttil.—Son personas de rara presencia, muy pocas visten igual. Pareciera... no sé... pareciera...

Miltil.—Una noche de carnaval como aquellas que vimos en la encantadora ciudad de Venecia.

Tilttil.—Cuando creíste que, en uno de aquellos palacios rodeados de agua oscura, íbamos a encontrar el pájaro azul que tanto deseamos poseer.

Miltil.—Por estar hablando tanto no dejamos que el hada bondadosa nos explique quienes son los que en este jardín encantado pasan la vida en continua diversión.

Tilttil.—Déjala hablar y verás.

Hada.—Creí que no necesitaríais que os dijera sus nombres. Aquellos personajes son viejos conocidos vuestros. Fueron vuestros compañeros de infancia.

Tilttil.—Primera vez que los veo.

Hada.—Con ellos jugásteis muy a menudo.

Miltil.—Están demasiado bien vestidos para que, con nosotros, alguna vez, jugaran.

Hada.—Os hicieron reír multitud de veces.

Tilttil.—¿Son algunos payasos?

Hada.—También, en no pocas ocasiones, os hicieron llorar.

Miltil.—¿Reír y llorar?... ¡Es extraño!...

Tilttil.—No te maravilles; todo lo que hasta hoy hemos conocido, nos ha hecho reír, unas veces, y llorar, otras.

Miltil.—Pero, ¿quiénes son, hada generosa? No nos hagas sufrir con esta curiosidad que cada vez se hace más intensa.

Tilttil.—La curiosa eres tú; yo, por mi parte, no pregunto....

Miltil.—Sí; dejas que lo haga yo por los dos.

Tilttil.—No le digas, hada hermosa, no le digas quienes son: no satisfagas su curiosidad.

Hada.—No os lo diré: ellos mismos se harán reconocer de sus amiguitos ingratos que, apenas pasados unos años, no se acuerdan de aquellos seres fantásticos, como ellos y como nosotras las hadas, que llenan de ilusión vuestras horas más deliciosas cuando alguien, con encanto sin igual, os dormía placentera, relatándoos muchas historias bellas.

Miltil.—¡Mamá!

Tilttil.—¡Y la mamá de mamá!

Hada.—Ellos os dirán sus nombres, sus más hondos anhelos y tal vez encontraréis, en sus palabras, que no serán sino recuerdos de recuerdos, lo que tanto deseamos hallar.

Miltil.—¿El pájaro azul?

Tilttil.—No lo creo; imposible me parece que puedan ser dueños del pájaro con el que tanto soñamos, esas personas que no piensan sino en divertirse.

Miltil.—Talvez por eso están tan alegres.

Hada.—Haced silencio; ya se acercan.

Tilttil.—¿Podemos hablar con ellos?

Miltil.—Sería una falta de respeto, ¿verdad, Hada generosa?

Hada.—Podéis hacer cuanto os agrade. Si algo os causa admiración, hablad con toda confianza. Ya muchas veces, en épocas no lejanas, tuvisteis con ellos largas y fecundas conversaciones...

Entran, vistosamente ataviadas, las siete notas. Su entrada recuerda la de las horas en la deliciosa Danza de Gioconda. Cada una de ellas trae una campanilla que da la nota exacta que ella representa y que hacen oír de cuando en cuando, en preciosas escalas ascendentes y descendentes.

Do.—De la música somos las hijas.

Re.—Que entonando una dulce canción,

Mi.—Recorreremos el mundo felices,

Fa.—Prodigando ternuras y amor.

Sol.—En el alma llevamos caudales

La.—De alegría, de ensueño y de paz:

Si.—Que la música inspira entusiasmos

Do.—Que son fuente de toda bondad.

Re.—Las tristezas del mundo nos hallan

Mi.—Saturadas de calma y valor:

Fa.—De Cecilia, la alegre doncella

Sol.—Nos protege el gentil pabellón.

Miltil.—¡Esas voces!... yo las he oído...

Tilttil.—¿Cuándo?

La.—Cuando vuestra madre bondadosa os cantaba bellas canciones al lado de vuestra cuna.

Miltil.—¿Entonces sois?...

Si.—Las notas musicales, las que, en amor intenso, nos reunimos a menudo para formar las melodías y las

armonías que despertaron, en vosotros, el sueño reparador y el ensueño maravilloso.

Tilttil.—¿De dónde venís?

Milttil.—¿Quién os hizo surgir, con tanta delicadeza, del fondo oscuro en donde seguramente dormíais?

Do.—Una madre amorosa que deseaba calmar las tristezas de su hijo desgraciado.

Re.—Un corazón materno que quiso llenar de ilusiones el sendero encantado por el que había de seguir el hijo de sus amores.

Mi.—Una patria adorable, madre ella también, madre de madres, que quiso llevar a sus hijos a la defensa del hogar sagrado, a la lucha, a la victoria!...

Fa.—Una madre angustiada que, en medio de sollozos rítmicos, dispuso acompañar al pedazo de su alma hacia regiones vaporosas en donde reinan la Muerte y el Silencio.

Sol.—Fueron las ansias maternas de todos los momentos las que a nosotras nos hicieron nacer.

La.—¡Y vivir en el alma de los hombres!

Si.—¡Y dominar en el mundo y en los mundos!

Las notas, en alegre algarabía, van desapareciendo lentamente, como se desvanecen los últimos compases de una serenata deliciosa en el silencio armonioso de una noche de luna.

Tilttil.—¡La música me entusiasma! Quiero ser músico, quiero...

Milttil.—No quieras nada porque aquí vienen dos raras parejas que, seguramente, han de hacerte cambiar de opinión.

Entran Barba Azul, el de la terrible y vengadora espada, del brazo de la humilde y bella Cenicienta. Con ellos vienen, en íntimo coloquio, la ingenua Caperucita Roja y el astuto Caballero Lobo de la fábula ingrata.

Lobo.—No logro comprender, deliciosa Cenicienta, cómo pudiste dominar al Caballero de la Barba Azul a quien todos y todas, principalmente todas, temían con razón.

Cenicienta.—Tampoco yo me explico en cuál forma la ingenua Caperucita ha dominado tus instintos sanguinarios, haciendo de ti el más caballero entre los caballeros.

Barba Azul.—Realmente me siento otro. Ya no dudo de cuantas personas se acercan a mí, ya no veo malicia en todas las miradas ni traición en todos los gestos.

Lobo.—¿Te has saturado de confianza?

Barba Azul.—¡Así lo creo!

Lobo.—¡Malo, malísimo!

Caperucita.—¿Por qué dices eso, Lobo mío?

Cenicienta.—¿Quieres aparecer más malo de lo que realmente eres?

Caperucita.—No digas que es malo mi Lobo, Cenicienta amiga. ¡Es tan delicado!

Barba Azul.—¿Ya no le gusta engañar a las abuelitas que muy bien envueltas están en sus sábanas de suave Holanda?

Cenicienta.—No seas murmurador, Barba Azul.

Barba Azul.—¿Ya no se burla de las ingenuas chiquillas que encuentra en el bosque solitario?

Lobo.—Todo eso que antes era mi encanto, ya no me satisface. Me parece obrar contra los buenos deseos de mi dulce Caperucita.

Barba Azul.—Eso mismo digo yo: la Cenicienta humilde pudo más que las damas aristocráticas con las cuales, equivocadamente, quise unir mi suerte en desigual matrimonio.

Milttil.—¿Y cómo lograsteis eso, amables mujercitas?

Lobo.—¡Mira cuán curiosa es la chiquilla!

Tilttil.—¿Eso querías?

Caperucita.—Tiene derecho a saberlo: lo logramos por medio del amor.

Tilttil.—¿Del amor profano, como dice el cura de mi aldea?

Cenicienta.—Por medio del amor divino entre todos los amores: ¡el amor de madre!

Milttil.—No comprendo.

Lobo.—Si yo era malo, si asaltaba a quienes cerca de mí llegaban lo hice porque nadie supo inculcar en mi alma la bondad.

Barba Azul.—Ni el Caballero Lobo ni yo, conocimos las dulzuras de la infancia, esas inefables dulzuras que se experimentan cuando se apoya la soñadora cabeza en el regazo tibio de una mujer que es toda amor.

Lobo.—No supimos de canciones armoniosas que fueran evocando, en nosotros, el ansia de hacer el bien por la sola satisfacción de hacerlo.

Barba Azul.—No nos enseñaron a ser buenos, desde muy pequeños nos lanzaron a la vida.

Lobo.—¡A sufrir hambre!

Barba Azul.—¡A pasar frío!

Cenicienta.—¡No conocieron el cariño materno!

Milttil.—¿Y vosotras?

Lobo.—Elas nos hicieron saborear las delicias del más grande de los amores.

Barba Azul.—Con ternura sin igual, como si fuésemos chiquillos, nos fueron dirigiendo, inculcaron en nuestras almas el ansia insaciable de ser buenos.

Lobo.—Y lo fuimos sinceramente.

Barba Azul.—Y lo somos de corazón.

Caperucita.—Y lo serán con toda el alma.

Tilttil.—¿Cómo hicisteis para comprender que lo que les faltaba era el amor de la madre?

Cenicienta.—Porque también yo, en mi infancia dolorosa, crecí sin el cariño desinteresado de una madre. Al sentir el calor sofocante de la cocina llena de humo, comprendí que algo me faltaba: el calorito delicioso que sólo se encuentra en los brazos maternos.

Caperucita.—Que al fin encontraste cuando el Hada bienhechora...

Milttil.—¿Cuál?... ¿Esta que nos acompaña?...

Caperucita.—Esta u otra; todas son igualmente generosas.

Cenicienta.—Cuando el hada bienhechora convertía los harapos en vistosos vestidos, las calabazas en coches de lujo y los traviosos ratoncitos en briosos caballos que me llevaban al baile en donde...

Lobo.—Perdiste el zapatito minúsculo como otras, en los mismos bailes, pierden cosas que valen mucho más que un escarpín de muñeca.

Barba Azul.—No seas malicioso, Caballero Lobo, no seas malicioso.

Lobo.—Tienes razón; mucho cuesta, en verdad, olvidarse que lobos somos.

Algo distraído, por íntimos pensamientos, ha entrado Polichinela, quien al escuchar la frase última pronunciada por el Caballero Lobo, se adelanta y dice:

Polichinela.—Así como cuesta olvidarse que, en este mundo del eterno juguete, estamos obligados a reír y a hacer reír.

Cenicienta.—¿Sufres, amigo Polichinela?

Lobo.—¿Sigue la eterna enfermedad de la inconstante Colombina?

Tilttil.—¿Cuál enfermedad?

Barba Azul.—Muy pequeño estás para conocerla y para comprender sus múltiples consecuencias.

Milttil.—No preguntes lo que no puede interesarte.

Lobo.—Déjale; más tarde ha de interesarle y mucho, por cierto.

Barba Azul.—Desgraciadamente es hombre.

Mitil.—Y a mí, que soy mujer, ¿no ha de interesarme?

Caperucita.—¿Sabes, Polichinela, por qué Colombina te hace sufrir?

Polichinela.—¡Cuánto daría por saberlo!

Barba Azul.—La culpa es tuya.

Polichinela.—¿Mía?

Cenicienta.—No le hagas caso. Colombina habría sido buena...

Polichinela.—¡Buena lo es!

Caperucita.—Habría sido fiel...

Polichinela.—¡Fiel me es y mucho!

Lobo.—Habría sido enemiga de encelarte...

Polichinela.—¡Si no soy celoso!

Barba Azul.—No le habría gustado coquetear con éstos y con aquéllos...

Polichinela.—¡Y bien que le gusta!

Cenicienta.—Si en su juventud hubiese tenido una madre afectuosa; si en el tablado de la farsa eterna, hubiese encontrado el cariño profundo que sólo el corazón materno sabe prodigar.

Polichinela.—¿Y crees que sea posible corregirla?

Lobo.—¡Naturalmente!

Polichinela.—¿Aún ahora?

Caperucita.—Nada es imposible para un alma enamorada. Haz como hicimos nosotras, Cenicienta y yo, y lograrás domar a la inconstante Colombina.

Lobo.—¡Como Cenicienta domó al Caballero de la Barba Azul!

Barba Azul.—¡Y como la linda Caperucita supo doblegarte a ti, presuntuoso!

Don Quijote, con majestuoso caminar, ha ido acercándose.

Don Quijote.—¿Quién habla de doblegar a quién?

Polichinela.—¡Salve, Caballero de la Triste Figura!

Don Quijote.—¡No he hecho tan triste figura en el mundo como tú crees y como tú la hiciste!

Polichinela.—¡Me ofendes!

Don Quijote.—Un vil farandulero no puede sentirse ofendido por las palabras del más valiente de los caballeros andantes.

Cenicienta.—¡Haya paz, señores!

Polichinela.—Por mi parte siempre la ha habido y siempre la habrá.

Lobo.—Nunca supiste, de verdad, sentirte ofendido.

Don Quijote.—En lo que a mí me corresponde, habrá paz si este menguado afirma que es cierto, como en realidad lo es, que no hay en el mundo mujer más encantadora que la dueña de mis ensueños: la sin par Dulcinea del Toboso.

Barba Azul.—No habrá dificultad para que Polichinela así lo afirme.

Caperucita.—Dulcinea tuvo siempre un corazón generoso.

Cenicienta.—Si bien era y es doncella de las más preciadas, por sus acciones y por la manera gentil como supo inspirarte en tu larga vida de aventuras, pareciera una madre amorosa que estuviese continuamente velando, aunque de lejos, por todos y por cada uno de los pasos que en el mundo va dando su hijo bien amado.

Don Quijote.—Eso fué y eso es para mí: una madre bondadosa, la más alta dama por la que puede batirse, en lucha desigual y sin igual, el más andante de los caballeros andantes.

Polichinela.—Si es así, declaro, como lo deseas, que en el mundo no hay más encantadora mujer que tu dama, doña Dulcinea del Toboso.

Caperucita.—Gracias, valientes caballeros.

Don Quijote.—¡Ese no es caballero!

Caperucita.—Gracias os sean dadas porque habéis desistido de vuestros anhelos de lucha.

Cenicienta.—Habríais turbado la dicha y la tranquilidad de este delicioso jardín.

Lobo.—Lo que habría sido doblemente doloroso.

Don Quijote.—¿Por qué te atreves a hacer esa afirmación?

Cenicienta.—Porque estamos en presencia de una de las hadas bienhechoras de nuestra pobre humanidad.

Don Quijote.—¿Y qué desea la gentil dama, émula de la dulce y deliciosa princesa Micomicona? ¿Hay algún entuerto que desfacer? La invicta espada mía está a sus reales órdenes.

Barba Azul.—Ha viajado el mundo entero en compañía de estos dos chiquitines.

Don Quijote.—¿Y qué buscan los dos arrapiezos? ¿Justicia contra algún desalmado? ¿Dónde está ese malandrín?

Polichinela.—No es eso lo que buscan...

Don Quijote.—Calla tú, escudero de escuderos; no eres quien para explicarme lo que no sé.

Entra Schehrazada seguida por las Ilusiones, vestidas todas como lo que realmente son, como ilusiones.

Schehrazada.—Vengo, Noble Caballero, siguiendo los vuelos de esta bondadosa Hada: he sido yo quien ha tratado de ayudarle a encontrar el pájaro azul de los ensueños, obsequio valioso que deseaba hacer a estos dos encantadores chiquitines; en vano he ido haciéndole conocer, una a una, todas las ilusiones de mi alma que conmigo vienen ahora; todos mis esfuerzos han sido inútiles, pues en ninguna de ellas ha descubierto lo que tanto deseaba hallar.

Don Quijote.—¿Y estas deliciosas damas son...?

Lobo.—¿No has oído? Son las ilusiones.

Cenicienta.—Con vuestros encantos que son muchos, ¿no habéis logrado nada?

Ilusión de Retr.—Mis risas entusiastas y sinceras, cascabeles armoniosos de una alegría enloquecedora, no hicieron impresión alguna en ellos.

Ilusión de Cantar.—Con mis canciones preferidas, cadenciosas unas, apasionadas las otras, no pude cautivar su atención.

Ilusión de Bailar.—Mis bailes, de todos los ritmos, de todas las regiones y de todos los tiempos, fueron inútiles movimientos ante sus miradas severas.

Ilusión de la Primavera.—Los matices, fuertes y suaves, y los misteriosos y penetrantes perfumes de mis jardines encantados, pasaron, ante sus sentidos, sin dejar en ellos, rastro alguno de dicha verdadera.

Ilusión del Invierno.—La blancura de mis nieves y la caricia, llena de escalofríos, de mis vientos helados no les interesaron ni un momento siquiera.

Ilusión del Otoño.—Y mis frutas deliciosas y el vino generoso de mis lagares causaron, en ellos, una sensación de momento, fugaz como todos los momentos.

Ilusión del Estío.—Mis calores sofocantes que hasta a las ninfas desnudas obligan a buscar las sombras generosas, no les produjeron interés alguno.

Ilusión de los Colores.—Desde el rojo apasionado hasta el místico violeta, todos los colores que me entretengo en formar jugueteando con la luz, fueron vano paso tiempo para ellos.

Ilusión de la Lluvia.—Ni eso lograron obtener las brillantes gotas que, como miradas de mujeres ensoñadoras, hacían caer del cielo para que, al repicar, al igual de campanillas armoniosas, en los techos y en las hojas, llamasen su atención.

Ilusión de Amar.—Cuanto ejemplo grandioso de amor